

Juventud popular en peligro de vida

María Emilia Tijoux
Universidad Arcis

La situación de la juventud popular ha sido probablemente el problema social más agudo que ha afectado en las últimas décadas a la sociedad chilena. Primero, debido a la alta proporción de jóvenes que existe en el país. En segundo lugar, porque las políticas establecidas incrementaron a tasas récord su exclusión social, convirtiendo a la juventud en el sector más opuesto al régimen militar. En tercer lugar, porque ante la inseguridad para obtener un empleo, la juventud se volcó al sistema educacional con el fin de elevar sus niveles de capacitación, asumiendo que el desempleo era atribuible a una baja escolaridad. El resultado fue que la "juventud de los ochenta" experimentó una frustración más grande cuanto mayor habían sido sus expectativas. Surgieron así los "cesantes ilustrados" que rápidamente radicalizaron sus orientaciones políticas.

La transición democrática no ha despertado en la juventud popular actitudes positivas. Por el contrario, se observa que, en lo que a ella se refiere, domina el "desgano" y la "apatía". Ya no hay un "tirano" contra el cual "luchar hasta las últimas consecuencias", que les permita ganarse el respeto y el aprecio del resto de la ciudadanía democrática. Su visión crítica de la institucionalidad vigente y

de la clase política civil y militar es un fenómeno creciente que tiene consecuencias que todavía no hemos terminado de conocer.

Se debe considerar además que el peso gravitante que ha tenido el adulto en la fase de transición —en oposición al peso dominante que la juventud tuvo en la fase de lucha activa contra la dictadura—, se duplica en la forma en que los partidos políticos se han organizado para estos "nuevos tiempos democráticos". (Ningún partido político parece tener hoy día una política juvenil consistentemente democrática).

Cabe decir que la juventud popular, de ser el sector más drásticamente afectado por las políticas desarrolladas, y el más reprimido y violentado por su acción de lucha contra la dictadura, sigue siendo un sector social "bajo sospecha" general, por su anomia, su violentismo, su inclinación delictual, su fragmentación orgánica y su extraña forma de proceder.¹

1. Durante los últimos años, un promedio anual de 100.000 jóvenes han sido arrestados en las calles y esquinas de sus barrios, así como en sectores "prohibidos" para ellos, sólo por la "sospecha" de ser "presuntos" participantes en cualquier tipo de hechos que atenten contra la ley.

La joven generación de los noventa se está formando en un contexto global de desintegración de las identidades colectivas, enfrentándose a un entorno histórico que bloquea sus posibilidades de desarrollo, tanto en lo individual como en lo colectivo. Los parámetros o tendencias que cruzan y atraviesan su existencia subrayan su involución, más bien que lo contrario. Para citar sólo algunas de ellas: desde 1973, les afecta una mayor tasa de desempleo sectorial; una mayor presión competitiva; una altísima represión "por sospecha"; un menor acceso a la educación superior; una decreciente proyección a identidades colectivas; una menor pertenencia a familias integradas; un grado descendente de politización; una curva ascendente de "actitudes desviadas" de diversos tipos, etc.²

Es evidente que la modernización liberal se ha construido en Chile no sólo erosionando las identidades colectivas de la nación, sino también deteriorando, en su mismo origen, la formación de identidades juveniles a nivel incluso individual.

Pero los grupos dominantes no han interpretado adecuadamente la situación que viven los jóvenes populares. Se ha afirmado en ellos la idea de que la juventud vive una crisis de "anomia social", que hace brotar de ella toda clase de "grupos antisociales" que provocan problemas a la sociedad y que deben, por lo tanto, ser duramente reprimidos. Así lo demuestran los métodos de represión zonal, represión sistemática de exterminio contra los grupos subversivos, propaganda persuasiva a través de la TV ("sólo buscamos una oportunidad"), incorporación a Casas de la Juventud y a programas administrados por grupos pro-gobierno, actividad recreativo-cultural masiva, abaratamiento de mercancías de consumo juvenil, y actividades extensivas de capacitación laboral (manual).

Este análisis, sin embargo, no considera dos elementos centrales en la juventud popular: la ausencia de identidades comunitarias amplias que convoquen su fuerza, talento e idealismo; y la

presencia de energías identitarias y movimientistas dentro de las micro-asociaciones juveniles que hoy son reprimidas o devaluadas. De esta forma, lo que los jóvenes puedan decir o proponer no tiene cabida en la política global de desarrollo social, porque tanto el comunitarismo como el alternativismo no tienen hoy cabida en los esquemas teóricos de la modernidad liberal, tal como ésta se define y administra hoy en Chile. La crítica de los jóvenes a la política oficial es apenas oída.

Pero aunque el balance de las diferentes teorías de la juventud demuestren que se les ha categorizado desde los procesos organizados por el mismo sistema político que rige hoy la vida nacional, la palabra y la acción de los jóvenes populares es otra de las lecturas -directa esta vez- que puede sin duda dar cuenta de lo cotidiano y vivencial de sus existencias.

¿QUIENES SON LOS JOVENES POPULARES?

No pretendemos entregar una respuesta global a una multiplicidad de historias particulares. La muestra con la que daremos cuenta de algunos de sus comportamientos y características corresponde a un número cercano a 300 jóvenes que, desde el año 1991 hasta hoy, han pasado por la Escuela-Taller El Encuentro, de La Florida. Ellos provienen de sectores pobres de poblaciones como Villa O'Higgins, Guillermo El Conquistador, Los Alamos, La Patria, San Gregorio, La Bandera, Yungay, Lo Hermida, Los Copihues, por citar algunas.

Se trata de jóvenes que llegan golpeados por la vida, que han sufrido múltiples abandonos, portadores de diversas carencias e historias difíciles, pero que se definen a sí mismos como "idealistas", "auténticos", "de verdad", "con ganas de hacer mil cosas", "soñadores", "contentos", pero "que no tienen un lugar en el mundo".³

A continuación planteamos algunas categorías para el análisis de estos grupos.

320 2. Estos datos se encuentran en las fichas CAS, CAS II y CASEN de los servicios sociales de municipios correspondientes a los sectores donde habitan los jóvenes de esta muestra.

3. Taller de Relaciones Humanas: ¿Cómo soy yo, cómo somos nosotros?, La Florida, febrero 1992.

"Un lugar en el mundo": el territorio

Yo siempre he vivido aquí. De Santiago conozco un poco Renca, El Salto, Quinta Normal, Pudahuel. Cuando trabajé conocí el barrio de los bacanes allá en Lo Barreñechea, y pienso que han tenido suerte en la vida.⁴

En esas poblaciones se mezclan problemas espaciales y sociales. Las calles y los pasajes no están pavimentados. Los inviernos son largos y fríos, los veranos calurosos y polvorientos. Los niños crecen jugando en las calles, imitando a los mayores, sin espacios para entretenerse; así, la calle, los "videos" y los "pules" se convierten en lugares privilegiados de encuentro. Su conocimiento de la ciudad es limitado y se reduce casi exclusivamente al ámbito de sus propias poblaciones.

A mí me gusta salir, pero no me dejan en la casa. A veces me gustaría ir a ver una película allá por el centro, pero queda muy lejos.⁵

Nunca he salido fuera de Santiago. Una vez me acuerdo que fui al cine cuando era chica; era lejos. No salgo lejos, me da miedo cuando no conozco.⁶

A veces, cuando salgo voy a dar una vuelta para allá a la Villa O'Higgins. [Esta población se encuentra a unas diez cuadras de la población donde él vive].⁷

Las relaciones de amistad se construyen en la calle y esquinas. Allí se establecen las principales interacciones, se desarrolla la amistad, se "mata" el tiempo, se tejen los sueños, se organizan "las movidas" y se viven los peores y mejores momentos.

Ahí nos juntamos con los cabros por las tardes, las noches y los fines de semana. Cuando no tenemos nada que hacer, también vamos. Nos juntamos ahí desde chicos, la pasamos bien y conversamos. Claro que a mí no me gusta que vengán mis hermanas.⁸

La esquina, rincón y pedazo de espacio público del que se apropian, está cerca de sus casas. Ahí les gusta estar, "se sienten bien", e incluso protegidos.

Fue cuando andaba "copeteado", por allá lejos, que llegó el paco Lucho y me esposó las manos, después me las amarró con un cordel que puso en la moto y así me arrastró varias cuadras, hasta que supo mi mami y se metió toda la gente del pasaje. Ahí recién me subieron al furgón, dijeron que era "por sospecha" y me dejaron libre al otro día.⁹

Es cierto que a veces los cabros hacen leseras, pero no vamos a aguantar que traten así a nuestros hijos. Entonces, cuando se los llevan, nos avisamos y salimos todos corriendo para quitárselos. Yo aquí tengo un botón del uniforme que le quité a uno cuando me "pelé" esa vez que vino a buscar a mi hijo.¹⁰

La población es el espacio privilegiado de encuentros y de actividades en que participa toda la comunidad (colonias urbanas, actos culturales, apoyo a damnificados, a los que sufren duelos, a los que se incendian, a los que están enfermos y presos), o parte de ella (matrimonios, bautizos, partidos de fútbol, etc).

Esta es una población pobre, no como allá donde los bacanes. Aquí está siempre lleno de gente. Sé que es fea y que la gente es despiadada, pero yo no me cambiaría de aquí. Me gustaría arreglar mi casa, que está harto "charcha" no más, y que aquí hubiera más parques y más cosas para todos. A mí me gusta cuando nos juntamos todos y hacemos algo, así nosotros no más, sin que se metan los políticos.¹¹

También hay otros que desean irse del barrio:

No quiero que sigan acá los niños, siempre jugando en la calle, aprendiendo leseras. Ya tan chicos, uno con cuatro y el otro con cinco años, pasan puro peleando y los van a echar de la escuela cualquier día. Me gustaría cambiarme donde sea más tranquilo, pero por ahora no puedo, no tengo plata.¹²

4. Entrevista Juan B.
5. Entrevista colectiva, Taller de Relaciones Humanas, julio 1992.
6. Entrevista Ximena, 19 años, agosto, La Florida, 1992
7. Jonathan, 20 años, Pob. Guillermo El Conquistador, La Florida, mayo 1992.
8. Javier, La Florida, noviembre 1991.

9. Richard, 18 años, La Florida, noviembre 1992.
10. Señora Iris, Villa O'Higgins, a propósito de un problema con carabineros en marzo de 1991.
11. Taller ¿Cómo es mi población?, El Encuentro, La Florida, octubre 1992.
12. Loreto, 22 años, La Florida, septiembre 1993.

La familia

Viven en su mayoría con los padres. Los que están casados, que conviven o tienen hijos a su cargo, viven allegados, cohabitando o instalando una mediagua en el sitio de padres o suegros. No siempre lo hacen por razones económicas o de espacio. Es duro y "grave" dejar el hogar y a la madre, sobre todo cuando ésta vive sola con los hijos. La madre, a su vez, ejerce sobre los hijos un poder fuerte que les impide tomar decisiones propias.

Me fui porque ya estaba aburrida, él hacía todo lo que la mamá le decía, yo tenía que callarme todo el tiempo, ella le puso hasta el nombre al niño, lo que tenía que comer, la ropa que se ponía. El le entregaba toda la plata a ella y yo no podía decir nada. Está bien que fuera viuda, pero tampoco estaba casada con el hijo. Cuando me puse a estudiar aquí, me acusó de todo y le dijo a él que yo me había casado para estar en la casa y no para salir a callejar. Entonces le dije a él que tenía que elegir y prefirió quedarse con la madre.¹³

En relación al lazo simbólico que el joven establece con su familia y que le permite construirse a sí mismo en una imagen valorada en torno a los modelos parentales, éles –al menos en este sentido de la estructuración– casi inexistente. Se trata de padres carenciados y "sufridos", que por lo general se sienten incapaces de educar a los hijos, sobre todo cuando éstos "llegan" sin ser esperados, como si se tratara de un "destino" al que están condenados, pero que deben asumir. Los hijos se sienten obligados a "pagar" los sacrificios de su familia y mantienen con ella relaciones de amor y de odio.

El padre por lo general está ausente, y casi no juega ningún rol en la educación y cuidado de los hijos. Manifiesta indiferencia o asume actitudes autoritarias.

Dice la madre de un joven:

Ahí pasa sentado en la casa mirando tele. No nos habla casi nunca. No era así antes, ahora ni se lava, está cada vez peor. Cuando los chiquillos se

van a la calle en la noche por ahí, soy yo la que los voy a buscar. El no, porque no quiere líos, dice. Entonces yo voy a buscarlos hasta que los encuentro. El no tiene ninguna autoridad, yo creo que ya no le importa nada.

Uno de los hijos dice:

Pero sea como sea es mi padre, y nadie lo puede botar de la casa; eso no se hace con un padre.¹⁴

La escuela o el "fracaso escolar"

A diferencia de la década del ochenta, el nivel escolar baja cada año. Los jóvenes han abandonado la escuela formal para trabajar, cuidar a los hermanos chicos, por problemas de rendimiento, de ausencias repetidas y de disciplina.¹⁵

El primer colegio que fui era ése de Isla Wellington, y ahí yo era el terrible de malo porque les pegaba a los cabros, pero yo pegaba para defender a mis amigos y por eso me echaron. Me cambiaron a otro colegio y me echaron también. Después en la otra escuela –ésa sí que me gustaba– no me pude quedar tampoco, ya estaba fichado y siempre me echaban la culpa a mí de todo lo que pasaba. La profe tampoco me quería, a lo mejor porque yo era muy feo.¹⁶

Iba a la escuela para que mi mami se quedara tranquila. Apenas llegaba buscaba hacer alguna maldad, romper algo, quebrar los vidrios, sólo de llegar me daban ganas de romper todo.

Era la única que llegaba a la clase con los zapatos rotos. Todos me miraban y se reían, entonces empecé a llorar porque no quería ir nunca más. ... claro que a mí me gustaba estudiar, siempre me gustó.

No podía escuchar a la profesora. Me acordaba de la casa y pensaba cómo se las iba a arreglar mi mamá ese día para comer, y no me daba cuenta de lo que decía la profesora, me sacaba puras malas notas y me retaban hasta que me echaron.

13. Entrevista, Marcela, 21 años, La Florida, septiembre 1992.

14. Carlos, 21 años, La Florida, octubre 1992.

15. Fichas de postulación y de inscripción de los cursos entregados por la Escuela. Años 1991-92.

16. Patricio, 19 años, La Florida, agosto 1992.

Fui dos años no más a la escuela. Me quedaba dormido todos los días, porque le ayudaba a mi papá en la noche. Entonces la profesora mandaba a llamar a mi mamá y ella no iba.

Me gustaba el colegio, pero como me quedaba lejos no tenía plata para ir y mi mamá me dejaba en la casa; faltaba mucho, y así me iba mal.

Estuve seis años en la escuela, pero nunca aprendí a escribir; leo un poco y lo otro lo copio de lo que leo.

Me cargaba la escuela, obedecer todo lo que me decían. La profesora no me quería, siempre me decía que era una negra fea, y me daba rabia.

Yo tuve una señorita super buena, y me quería harto, pero no pude seguir yendo porque quedé embarazada. Ella me decía que fuera igual a clases, pero todos se iban a reír de mí si yo iba a la escuela guatona.¹⁷

El fracaso escolar es el primer "gran fracaso de la vida" y está claramente descrito por los profesores, que lo califican únicamente a través de sus carencias:

No sabe hacer nada, tiene dificultades graves que no superará; es incapaz de hacer algo bueno; no aprende a pesar de todo lo que la escuela hace por él; nadie se preocupa de este niño en su casa; necesita seguimiento en el hogar; no comprende lo que se le explica; no escucha en clases; no hace nunca sus tareas; trae los cuadernos manchados; se queda dormido en clases; es demasiado violento...¹⁸

Puede desprenderse de lo señalado que se trata de sujetos "difíciles", que nunca satisfacen a la sociedad. Para algunos son "demasiado" violentos, delincuentes, drogadictos y psicóticos. Para otros, "no están suficientemente" motivados, y no son "suficientemente" autónomos, capaces de hacer algo, etc. Los jóvenes responden: "de todas maneras, hagamos lo que hagamos, nunca van a estar contentos", por eso es que "no los pescamos".¹⁹

¿Proyectos? "Loco, no estoy ni ahí"

Si no tienen lugar en el mundo, ¿por qué deberían "estar" ahí con ese mundo? Son los "otros" los que tienen: colegio, trabajo, vacaciones, justicia, derechos, hogar, medios económicos. Pero aseguran "estar ahí" con la población, los padres (sean como sean), los amigos, la esquina, las personas que los quieren, la organización juvenil que ellos inventan, el fútbol, las protestas, la expresión artística, la ayuda a los demás, la solidaridad, la droga, el alcohol, los paseos y el amor.

Yo no soy malo, en serio, yo soy normal. Cuando la gente me tiene miedo, encuentro eso "charcha", porque yo no les voy a hacer nada malo. Cada vez que pasa algo ayudamos en todo.²⁰

Los trabajos que han realizado son "pololos" de supervivencia y de oportunidad, para obtener algunas "monedas" que aporten a la economía familiar o satisfagan necesidades básicas propias. Trabajan desde muy niños, ya sea en la economía informal o en la formal, pero rara vez con contrato y condiciones dignas.

Empecé a trabajar como ayudante de joyero a los 16 años, después de copero allá en Mac Iver, en la Coca-Cola en la planta para ordenar las cajas y barrer los vidrios, después en una construcción, después en un almacén, después como cuidador en una fábrica y en otras cosas. Es cierto que no he trabajado mucho, pero vine para acá para aprender y trabajar en una sola cosa, con un cartón.²¹

Por eso que yo ahora quiero tener algo seguro, un trabajo en serio. Si tengo mi cartón de electricista voy a poder pensar en todo lo que no he pensado antes, hasta irme de vacaciones y comprarme una moto. Claro que en eso tengo proyectos, hartos.²²

Las aspiraciones materiales son las cualquier joven que se entusiasma con los productos que le ofrece el mercado.

17. Fichas de postulación de la Escuela ("Razones por las que abandonaste la escuela"), años 1991, 1992.

18. Frases sacadas de libretas de notas y certificados de niños de escuelas municipalizadas y subvencionadas del sector.

19. Cecilia, 22 años, Lo Hermida, marzo 1991.

20. Entrevista, Carlos, agosto de 1992.

21. Patricio, 22 años, La Florida, noviembre 1993.

22. José, 20 años, La Florida, febrero 1992.

Mi abuelita no me podía comprar las zapatillas y las mías estaban rotas y veía a los cabros todos bacanes, entonces salía p'arriba con los otros y me robaba zapatillas, de esas de marca, de las bacanes.

¿Acaso son estos proyectos muy descabellados? ¿Tener un par de zapatos, adquirir un vehículo, una casa, un personal stereo, una entrada para un concierto, o una bicicleta, no es acaso para los jóvenes tan importante como tener un lugar en el mundo, y ser protagonistas de sus propios proyectos y sueños?

El problema se agrava –por supuesto– cuando los jóvenes buscan mecanismos propios para obtener lo deseado, en una lógica que no puede sino ser comprensible, puesto que corresponde a formas de vida cotidiana de un Chile que se quiere posmoderno, y que está “ofreciendo” productos de moda, aparatos audiovisuales, modos de vida distintos y sueños que solamente pueden adquirir ilegalmente.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Con respecto a los jóvenes

Nacidos en la inseguridad, la dependencia y la pobreza, llegan al mundo sin herramientas que les ayuden a defenderse y prepararse para la vida. Entonces no crecen ni se educan como cualquier otro niño y expresan su “mal de vivir” a través de actitudes de violencia, fugas, oposiciones y destrucciones (contra los demás o contra sí mismos). La “adaptación para la vida” se hace al ritmo de su propio cuerpo social, y cuando el joven tiene que entrar –como todos– en la “movilidad social”, que implica negociar compromisos, conocer el mundo y las diferencias que tiene con él, lo hace para sobrevivir. Y esta lucha por la sobrevivencia se transforma en un continuo ajuste de cuentas con el mundo, en donde el riesgo más grande que corre no es el de morir, sino de vivir. Los jóvenes populares viven un estado de *peligro de vida*, y las claves de supervivencia que desarrollan son para enfrentar y resolver sus propios problemas de un modo

que tiene elementos originales, pero que sustancialmente se deriva de la experiencia colectiva de vida frente a la pobreza y la marginalidad social en la que han nacido y crecido.

No hay que extrañarse, entonces, que se muestren refractarios a la idea estructuralista de “organización”, y que se inclinen, en cambio, por depositar su confianza en asociaciones informales, inestables, peligrosas y pasajeras. Es notable, en este sentido, la empatía que ponen en juego en esas instancias y la intensidad de los intercambios identitarios (aunque marginales) que ocurren dentro de ellas. Es allí donde se sienten actuando como “sujetos”, o como “miembros de grupo” (sentido comunitario), o como creadores de cultura alternativa, conductas contestatarias, etc. Es allí donde su “marginalidad” se vuelve energía expresiva, acción social y, eventualmente, movimiento.

En relación a las instituciones y a los profesionales

Antes que nada debemos estar claros que individualmente somos incompetentes para cubrir un campo de acción concreto que responda a las necesidades descritas. Corresponde a los economistas y a los juristas preocuparse por la inseguridad y la dependencia; a los sociólogos y al poder político, por que las opciones de formación sean competitivas y adecuadas. Pero también le corresponde a la familia, al barrio, a la escuela, a las instituciones culturales, a los investigadores científicos y a los profesionales de la salud, preocuparse por la construcción del futuro juvenil en una seguridad moral que les permita construir identidad.

En relación a los déficit sensoriales, instrumentales y mentales, es necesario conocerlos y designarlos en función de su gravedad, así como de sus consecuencias sociales y vitales, y de sus incidencias sobre las posibilidades de inserción. Los especialistas de la salud mental tienen mucho que decir y que hacer en este sentido, combinando sus esfuerzos con los de la colectividad.

Creemos que sólo la elaboración de una política colectiva permitirá evitar –en gran parte– la reproducción de fenómenos que tienen su origen en los sufrimientos sociales. Se trata de elaborar una

política de opción social juvenil (para todos ellos) y de establecer una opción política en la que se puedan llevar a cabo acciones sinérgicas, que tiendan a evitar la reproducción de situaciones sociales que están al origen de las carencias.

Es fundamental el apoyo y el acompañamiento para que cada joven se reconozca a sí mismo como sujeto activo, con estima por sí mismo y con un lugar y un tiempo que le permita fijar sus intereses, para lograr evitar las reproducciones sociales y actitudes personales que se repiten.

Para esto, se necesita:

- un medio que le sea familiar en donde se habitúe a vivir;
- internados terapéuticos o socio-educativos para los que han cometido delitos y/o tienen dificultades específicas;
- instituciones innovadoras, acogedoras y que sean verdaderos "lugares de vida" en los sectores populares;
- cursos de formación y de capacitación para la inserción profesional;

- apoyo a los adultos que viven con los jóvenes;
- apoyo de las empresas;
- formar a los profesionales encargados de los jóvenes.

Las intervenciones profesionales que se realicen deben organizarse en redes que se coordinen en una acción social que tenga una voluntad común de abordar un nuevo tipo de "sociabilidad juvenil".

Pero también es preciso que seamos muy lúcidos sobre las realidades de los jóvenes populares, para no ilusionarnos sobre cambios que necesitan de mucho tiempo para producirse, y principalmente del compromiso de los propios jóvenes en la reconstrucción de sus vidas.

Por último, la experiencia nos demuestra que no somos –o que no debemos creernos– indispensables, ya que con o sin nosotros, los jóvenes saben siempre encontrar un techo para protegerse, o un pedazo de paraíso para mantener las esperanzas.

